EL SANTO

AGOSTO es el mes de la nieve.
Diciembre, el de los oros calientes.

La paloma se abaja tanto
que se hiere en los cielos rasos.

Juan, espíritu de llama,
oscuridad de la mañana,

cuando se pone el sol por Oriente.
Se ha secado el agua en las fuentes.

Y bebemos en el manantial
la sombra inmóvil de la verdad.

Quema la luna, y el sol gira.
El horizonte sangra encima.

Iré hasta ti por el mar duro,
por el blando hielo del mundo,

hasta el lugar donde no estás,
a encontrarte en ese lugar.

Juan, espíritu de llama,
mi corazón te piensa y te ama.

Juan, madre mío, madrecito,
te has desvelado como un niño

al oír mi canción de cuna.
Abre los ojos y no sufras.

Entra ahora sin ser notado.
¿No te ven afuera los astros?

En el patio suena una música
que, de tan callada, deslumbra.

Canto de sirenas y liras.
No se oye la melodía.

Cuando llega la primavera,
y silba el viento en la alameda,

arrancando todas las hojas
verdes, azules, pardas, rojas...

Cuando llega la primavera,
cuando el barranco fresco suena,

todos los mares llenos de frío.
todos los mares llenos de frío.

Y en los alcores de Ontiveros,
alfombrados de flores de enero,

Dios de la Cruz sus brazos alarga,
abrazando al ave en las ramas.

Dios en la cruz, Juan de la Cruz.
Pájaro solo. ¡Luz, más luz!

VICENTE GAOS